

RAMON AYERRA

Abogado

El honor

«Ha surgido un nuevo concepto del honor. El acuñado por quienes vejando a parlamentarios y sacando tropas a la calle esgrimen éste desde el trullo cuando alguien afea su comportamiento. Se arrepientan, se corrijan, coño.»

Cuando yo era un jovencito de corto, el honor tenía varios significados, pero todos ellos bien precisos y decantados por el tiempo.

Para empezar, recuerdo el que aludía al virgo de las damitas, o sea que si la cachonduela de turno follaba a destiempo o, aun sin consecuencias de tripón, se percataba de ello el mocerío, ya iba bien servida. Oh, tiempos crueles, había perdido la prenda dorada, el honor.

Ayyy, el honor, que me lo han robadoooooo, gritaba entre anisetes el borrachuzo de turno, cuando lo más que pasaba es que a su hija le habían echado un buen polvo.

Otro reducto del honor estaba en la frente, esto es, la posibilidad de entrar por una puerta sin dañar el dintel con la cornamenta. Asomaba la gaita don Jenaro en el casino y el personal se achuchaba con escándalo, «pero dónde coño irá ese desgraciado, con lo que lleva en la frente», y es que su señora se la pegaba con un mayorista de frutos secos, y él, en el guindo.

Una variante muy degenerada la constituía el capítulo de los cornudos de oro, esto es, quienes estaban al tanto del desbrave de sus jacas en alcobas de ocasión y a un tanticuanti la descarga, llevaban la cruz con buenas tragaderas y de ello comían, bebían, se pegaban a la rica faria y a las labores de la casa Osborne.

Luego estaba la peseta. Ay, la peseta. Qué trance más duro, Señor, este de la peseta. El joven oficial que se largaba con la caja, el empleado que se enamoriscaba de una zorra descorchona y la cubría de oro ajeno, el socio que le hacía una pirula a su compadre, el que desgranaba su neura a golpe de naipe. O séase, guarrear con la pastizara en detrimento de otros.

Cesto sin asas

Y, por último, estaba el negociado de los militares. El honor aquí ocupaba un lugar destacadísimo. Un militar sin honor, para entendernos, era como un cesto sin asas, un elefante sin orejas, un irlandés dado a la zarzaparrilla.

Si con ocasión de un combate, el apuesto milite se lo hacía por la pata abajo y daba el culo al enemigo, si vendía a éste papelorios secretos —y más aún si contenían dibujines de espoletas, trincheras y demás— o armas —como se atribuye al «heroico» abuelo de un político de hoy, y al que, según *Gerald Brenan*, *Primo de Rivera* levantó de un pistoletazo la tapa de los sesos—, un militar que hiciese mofa y befa de banderas, graduaciones y mariscalías, que ejerciese de rufián, de alcahuete, de consentido, un militar de este corte carecía de honor, se le venía al suelo, como a un tonto la baba.

Mas hoy, en esta conejera ocurrente, «grasiosa», que es nuestra sociedad, y por boca de una minoría castrense, ha surgido un nuevo concepto del honor.

Se callen

Un sorprendente y nuevo concepto del honor, sí. El acuñado por quienes vejando a parlamentarios, zarandeando a superiores, conspirando a lo «turbio mulo Mola», engañando, sacando tropas a la calle, giñándose en todo aquello que constituye su razón de ser, y en cuyo acatamiento reside precisamente su gloria y su servidumbre, y en consecuencia su honor, esgrimen luego éste desde el trullo cuando alguien afea su comportamiento, y bajo términos que reputan no lo suficientemente exquisitos.

Así, con pasmo, quienes creemos en pocas cosas, y entre estas pocas en el sentido común, hemos asistido en la prensa a un espectáculo insólito, el de la generalizada invocación de su honor mancillado por parte de quien, como las putas el virgo, lo perdieron en su día, y largan luego anatemas, y amenazan con juicios y querellas en defensa de un objeto supuestamente escarnecido, pero inexistente.

Ralea de traidores, miserable patulea. Basta ya de comedia barata, de circo y de gansadas. Se arrepientan, se callen, se corrijan, coño.